

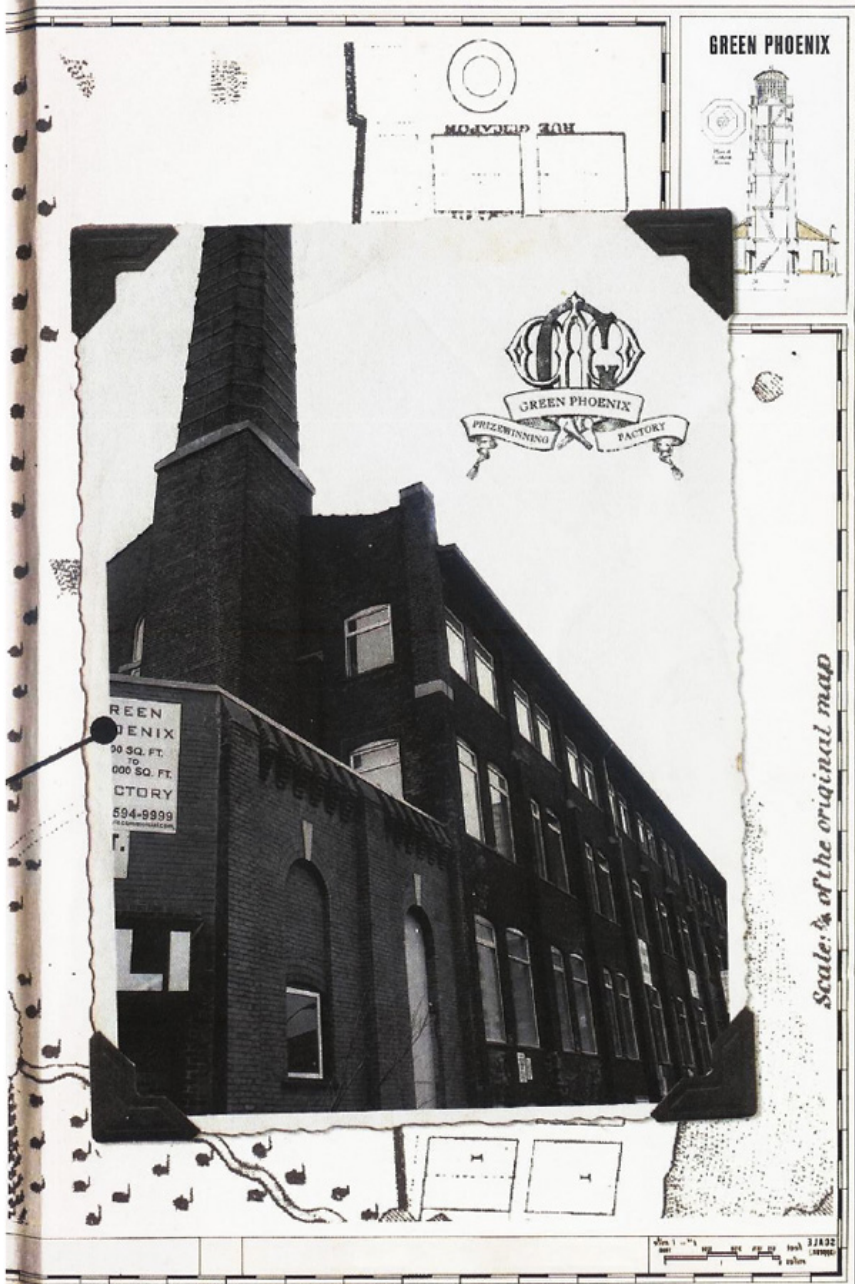
JEREMY BELPOIS

CODE LYOKO™

El castillo subterráneo



El superordenador militar que acaban de reactivar transporta a Jeremy, Yumi, Ulrich y Odd al interior de Lyoko, un mundo paralelo digital habitado por X.A.N.A., una malévola inteligencia artificial que quiere controlar el mundo real. Allí cuatro amigos se encuentran además con una chica antivirus, la única arma que existe contra X.A.N.A. Se llama Aelita, y no recuerda casi nada de su pasado. Un pasado indisolublemente entrelazado con el de Lyoko y sus secretos...



1. Una mariposa en el fondo del mar

[Mar del Japón, 21 de diciembre]

Suele decirse que si una mariposa aletea en Pekín, lloverá en Nueva York.

Tal vez también fue exactamente así como sucedió en aquella ocasión, pero es difícil de decir: por mucho que todos se den cuenta cuando llueve, para entonces ya nadie es capaz de localizar a la mariposa responsable de ello...

El martes 21 de diciembre, a las 14 horas y 36 minutos, el barco KNT-17 echó el ancla en medio de las aguas profundas del mar del Japón, y un oficial le comunicó a la base de tierra «Estamos en posición».

En la base de tierra, Yukiko Itou, una hermosa muchacha japonesa de veintitrés años, estaba a la escucha. Desde su tranquilo escritorio, Yukiko chequeó las pantallas que la rodeaban, se colocó el micrófono delante de la boca y dijo «Aquí base. Todo en orden. Poned en marcha a Rovvy cuando queráis».

El KNT-17 era un barco cablegráfico: su cometido era el de revisar los cables de telecomunicaciones que conectaban Japón con los Estados Unidos. Sólo había un problema: los cables se encontraban a más de mil metros de profundidad bajo la superficie del mar. Y ahí era justo donde entraba en juego Rovvy, como lo llamaban cariñosamente los técnicos.

Pese a su ridículo mote, se trataba de un robot muy sofisticado, un ROV: Remotely Operated Vehicle. El único capaz de trabajar con toda tranquilidad bajo las inimaginables presiones de los abismos oceánicos.

Desde el monitor de su escritorio Yukiko tenía unas vistas dobles: una del robot (una especie de lata amarilla que una grúa estaba descargando entre las olas) y otra del oficial de a bordo, que estaba en cubierta.

—¿Qué tal estás, delicada criaturilla? —graznó su voz a través del radiotransmisor.

—¿Hablas conmigo? —le dijo Yukiko entre risas.

—¡Qué va, qué te has creído! ¡Estaba hablando con Rovvy!

Otra risotada.

—¡Concéntrate en el trabajo, o terminaremos dejando a todo Japón sin internet!

Habían pasado seis horas desde el momento en que el cable submarino empezó a griparse, y la cosa era muy preocupante. A través de ese cable pasaba la mayor parte de las llamadas telefónicas y los e-mails que los japoneses mandaban a América, y viceversa. Había que actuar de prisa y con precisión.

Silbando como un torpedo a gran velocidad gracias a sus potentes propulsores a hélice, en poco tiempo Rovvy descendió hasta alcanzar el cable, una gruesa serpiente negra que se extendía hasta el infinito en ambas direcciones por el fondo arenoso. A su alrededor el océano estaba sumido en un silencio y una oscuridad absolutos. A esa profundidad ya ni siquiera había peces. Sin el haz de luz de la cámara de vídeo subacuática, la pantalla que Yukiko tenía delante habría parecido apagada por completo.

Pasaron unos minutos.

Después, la voz del oficial de a bordo rompió el silencio sepulcral que rezumaban sus auriculares.

—Creo que he encontrado la avería. No tiene pinta de ser nada grave.

De un compartimento interno de Rovvy salió un brazo mecánico que se alargó hasta rozar el revestimiento del cable.

En ese instante, los instrumentos electrónicos que estaban junto a Yukiko parecieron volverse locos.

—¡Espera! ¡Para! —gritó ella instintivamente.

—¿Qué pasa?

—Ha habido... una oscilación de corriente, creo. No te lo sé explicar, pero... era como una especie de obstrucción...

—¿Yukiko? ¿Te importaría repetírmelo?

—Lo has entendido de sobra: ¡en cuanto has tocado ese cable se ha producido un atasco de corriente!

—¡Pero si no he hecho más que rozarlo! Y además, no me cuadra que un cable de fibra óptica se pueda «atascar».

La muchacha hizo caso omiso de aquel comentario y echó un vistazo rápido a los monitores.

—Sea como sea, parece que ahora todo está de nuevo en su sitio. Las comunicaciones vuelven a funcionar perfectamente.

—¿Quieres que sigamos de todas formas con la reparación?

—No, no, no hace ninguna falta. Se suspende la misión. Saca de ahí a Rovvy y vuélvete a casa. —Perfecto. Así esta noche podemos salir juntos. Yukiko sonrió y se colocó un mechón detrás de la oreja.

—¿Por qué no?

Mientras en Japón internet volvía a funcionar, en Francia una chiquilla de trece años estaba tomándose el desayuno en el comedor de la academia Kadik. Se llamaba Aelita Stones, pero a lo largo de su breve vida había usado muchos nombres distintos. No era alta para su edad, y tenía una naricilla pequeña y respingona, unos ojos grandes y una melenita de un rojo vivo cortada a la garçon. Iba vestida con un peto de aspecto cómodo, y tenía una mirada más bien

sería que desentonaba con la alegría del resto de los estudiantes.

En el comedor se respiraba un aire festivo: era el penúltimo día de clase antes de las vacaciones de Navidad, y el curso no volvería a empezar hasta enero, casi veinte días más tarde.

Un montón de tiempo a su disposición para pasarlo en casa con mamá y papá.

Pero los planes de Aelita eran bien distintos, no tan placenteros. De hecho, ya no tenía padres. Aelita sentía como si hubiesen pasado siglos desde que se quedara definitivamente sola en el mundo. Desde aquel horrible día en que su padre...

—¿Va todo bien? —le preguntó de sopetón Jeremy, haciendo que se sobresaltase.

Jeremy Belpois tenía trece años, como ella, el pelo rubio y algo largo y unas gafas redondas sobre la nariz. Para ella, Jeremy era una persona importante, porque aquel terrible día en el que su padre...

—¿Aelita?

La muchacha se quedó como congelada, con el cruasán a medio camino entre el plato y la boca entreabierta y la mirada perdida en el vacío.

—Le ha dado un aire de la emoción —comentó el tercer amigo. Era Odd Della Robbia, tan sonriente como siempre, con el pelo de punta por encima de la cabeza y su típico look de roquero—. Entonces, Jeremy, ¿está listo nuestro diabólico plan? —preguntó Odd volviéndose hacia su amigo.

—Hasta el más mínimo detalle —asintió Jeremy—. Aelita y yo iremos a casa de mis padres a pasar las vacaciones. Mi madre está encantada de tener una chica a la que mirar.

—¿Y tú no?

—Déjalo, Odd.

—Nuestro informático romántico...

Jeremy se ruborizó, pero siguió hablando como si tal cosa, con la mirada fija en su plato.

—Volveremos a la academia el domingo 9. Un día antes de que empiecen las clases.

—¡Perfecto! ¿Qué les has contado a tus viejos?

—Que voy a dormir en casa de Ulrich.

—¡Yo también! Total, no se les ocurriría comprobarlo ni en un millón de años. ¿Y los demás? ¿Los has llamado?

—No, pero ya está todo hablado. No creo que vaya a haber problemas.

—¡Oye, Aelita! ¿Estás aquí? —le preguntó Odd a la muchacha después de darse cuenta de que en todo ese rato no había movido ni un solo músculo. El cruasán estaba todavía quieto delante de su nariz.

—Aelita, si es algún tipo de broma, no es divertida —dijo Jeremy con aire preocupado.

La muchacha lo miró fijamente, casi sin parpadear.

—Tú te llamas Jeremy, ¿verdad?

Él la miró, incrédulo, y luego rió, algo cohibido. Odd fingió que le seguía la corriente.

—Sí. Él es Jeremy, y yo soy Odd. Somos tus mejores amigos. ¿Te acuerdas?

Pretendía ser un chiste, pero Aelita no se rió.

—No —le espetó como única respuesta.

2. La casa vacía

[Francia, Ciudad de la Torre de Hierro, 9 de enero]

El nuevo año saludó al mundo con un frío fuera de lo común.

Por la mañana del domingo 9 de enero el tren llegó a la estación con una hora de retraso. Las vías eran dos franjas negras que destacaban entre la uniforme blancura. Había nevado durante toda la noche, y aún iba a volver a nevar.

Cuando las puertas del tren se abrieron con un resoplido, Jeremy ayudó a Aelita a bajar las maletas.

—¡Bienvenidos! —los saludó una voz desde la acera—. Hace ya un buen rato que os esperaba.

Aquella voz era la de Ulrich Stern, un muchacho alto y enjuto embutido en un plumas rojo. Llevaba un gorro de lana gruesa para protegerse del viento, pero del doblez inferior sobresalía un mechón oscuro y rebelde que le caía sobre la frente.

Aelita y Jeremy estaban contentísimos de volver a verlo.

—¡Qué pasa, Ulrich! ¿Qué tal te han ido las «vacas»?

Su amigo se encogió de hombros, y Jeremy no le hizo más preguntas. Sabía que estaba pasando por una mala época en la que no estaba muy en sintonía con sus padres.

Ulrich levantó sin esfuerzo una de las maletas, y se dirigió a la chica con una mirada interrogativa.

—Aelita, ¿tú qué tal estás? ¿Te ha ido bien en casa de los Belpois?

Aelita sonrió.

—Los padres de Jeremy han sido amabilísimos. ¡Y su madre es una cocinera fantástica!

—Genial —murmuró Ulrich. Luego los miró en silencio, sin tener muy claro cómo afrontar la cuestión por la que había ido a recogerlos a la estación. Al final se decidió por la forma más directa, que siempre había sido su favorita—. Y ahora... ¿va un poco mejor esa memoria?

Aelita se ciñó el abrigo. El aliento le salía de la boca formando ligeras nubecillas.

—Digamos que va yendo. Me acuerdo de quién eres, ¡que ya es algo!

Ulrich sonrió.

Se encaminaron por las calles de la ciudad, heladas y resbaladizas. La nieve le daba a todo un aspecto insólito, casi irreal: las aceras se confundían con el asfalto y la hierba de los parques, como una única alfombra blanca.

—Hace fresquete, ¿eh? Tengo miedo de que en esa casa tan vacía nos vayamos a helar... —masculló Jeremy en medio de una tiritera.

—No te preocupes —lo tranquilizó Ulrich—. Ayer Yumi se coló dentro para encender la calefacción. Vamos a estar de miedo.

—¿Odd está ya en la ciudad? —se informó Jeremy antes de echarse el aliento en las manos heladas.

—Ha vuelto esta mañana. Está ayudando a Yumi a arreglar la casa.

—Fantástico.

—Ya —convino Ulrich—. Nuestro «diabólico plan», como lo llama Odd, funciona a la perfección.

La idea de encontrarse un día antes del comienzo de las clases a espaldas de sus padres se le había ocurrido a Jeremy. El objetivo era pasar un domingo juntos sin que nadie interfiriese en sus asuntos. Odd y él habían dicho que iban a dormir en casa de Ulrich; Ulrich, que iba a estar en casa de Jeremy; y Yumi, en casa de Aelita. Para no correr ries-

gos, Jeremy incluso había utilizado un programa de voz de su ordenador y había llamado por teléfono a todas sus familias, haciéndose pasar cada vez por un padre distinto para confirmar la excusa.

Un diabólico plan, efectivamente.

Gracias al cual iban a tener todo el tiempo y la calma necesarios para resolver cierta cuestión.

—Vagamente. Pero más que un recuerdo es como... una sensación. Siento que es un sitio al que le tengo mucho cariño.

Jeremy asintió con la cabeza.

—¡Yo diría que, como punto de partida, promete! Pero por ahora, entremos antes de que se nos congelen las ideas.

Alguien había limpiado la nieve de la plaquita de madera de la verja, y ahora la inscripción **LA ERMITA** era bien legible. Al otro lado de la cerca, el jardín tenía el mismo aspecto lunar que el resto de la ciudad. Una doble hilera de huellas surcaba la nieve y llegaba hasta los escalones del soportal de delante de la entrada.

La Ermita era un chalé alto y estrecho, de tres pisos más un semisótano, con el tejado a dos aguas y un garaje bajo que se apoyaba contra la casa como si tratase de sostenerla. A su alrededor había abetos cubiertos de nieve, que eran más numerosos por detrás del edificio, donde tan sólo una cerca baja separaba el jardín del parque de la academia Kadíc.

Aelita se paró a observar las ventanas oscuras, las columnitas blancas del soportal, los árboles.

—¿Te acuerdas de esta casa? —le preguntó Jeremy.

Dentro, Odd estaba colgando del techo una cadeneta de colores. En cuanto los oyó abrir la puerta saltó de la escalera al suelo con la agilidad de un gato.

Le dio una enérgica palmada en la espalda a Ulrich y corrió a abrazar a Aelita mientras Jeremy le lanzaba una mirada de celos.

—¡Hola, chicos! —los saludó Yumi, que salía corriendo de la cocina con un intenso brillo en sus ojos rasgados y su habitual sonrisa enigmática y sutil.

Yumi Ishiyama era la última de su grupo de amigos, la de más edad y, en teoría, la más responsable. Alta y delgada, le encantaba vestir de negro, el mismo color de su brillante cabello corvino. Sus padres eran japoneses, y se habían mudado a Francia cuando ella acababa de nacer.

—¿Y tus «vacas»? —le preguntó Jeremy.

—Pasables. Hasta he conseguido esquiar. ¿Y las vuestras?

La conversación se vio bruscamente interrumpida por un estrépito como de cosas que salían volando por los aires. Acto seguido apareció Kiwi, el perrillo ladrador y poco mordedor de Odd, que empezó a corretear loco de alegría por entre los muchachos, meneando sin parar su rabo cortado.

Los amigos intercambiaron los relatos de sus vacaciones con avidez, como si fuesen caramelos, entre bromas y abrazos. Después decidieron que había llegado el momento de ponerse manos a la obra. Ulrich se encaramó a la escalera para terminar de colocar la cadeneta, mientras que Odd y Jeremy, los chefs del grupo, pasaron a la cocina. La madre de Yumi había preparado una bandeja de pasta al horno, y además la muchacha había hecho una compra de palomitas, refrescos, un asado precocinado y un saco de patatas.

—Mira a ver si consigues no cortarte un dedo —le advirtió Jeremy a Odd mientras éste se acuclillaba sobre una silla con el pelapatatas en la mano.

Su amigo hizo caso omiso de la broma.

—Bueno, cuéntame qué tal está Aelita —le pidió de golpe y porrazo, como si fuese lo que más lo apremiaba.

—Bien —le respondió Jeremy, encogiéndose de hombros—. La memoria ya le ha vuelto casi del todo. Se acuerda de nosotros y de bastantes acontecimientos de los últi-

mos años... —reflexionó durante unos instantes antes de añadir—: Excepto de Lyoko.

—¿Qué quiere decir eso de «excepto de Lyoko»?

Jeremy suspiró antes de responder.

—Pues eso quiere decir que tiene totalmente borrado de su memoria todo lo relacionado con Lyoko.

—¿X.A.N.A.?

—De X.A.N.A. tampoco se acuerda.

Odd terminó de pelar una patata y agarró otra.

—Me refería a que si crees que esta amnesia es culpa de X.A.N.A.

—Imposible —le replicó Jeremy con una cara muy seria—. X.A.N.A. está muerto.

—¡Fua, menuda comilona! —exclamó Ulrich, mientras se dejaba resbalar por la silla.

—¡Pues adivina a quién le toca fregar los platos! —le dijo Odd, guiñando un ojo.

—¡Oye, oye, ni hablar! ¡Eso es un trabajo de mujeres!

Yumi le arreó un codazo en el estómago.

—Aelita y yo pensábamos ayudarte —le dijo con una sonrisa maliciosa mientras él recobraba el aliento—, pero ya que, como tú dices, «es un trabajo de mujeres», vamos a dejarte a ti el honor de hacerlo.

Ulrich resopló mientras los demás se reían con ganas.

De repente, Jeremy se levantó de la mesa, desapareció durante un instante en una habitación contigua y volvió sosteniendo un bolsito.

—Los platos pueden esperar, chicos. ¿Qué os parece si vamos a dar una vuelta? —propuso con entusiasmo.

A Odd no le hizo mucha gracia la idea.

—Pero ¿tú has visto el tiempo que hace, Einstein? —protestó, señalando la ventana—. Estaremos por lo menos a mil bajo cero. Y me apuesto lo que quieras a que hasta vuelve a nevar.

—No nieva a mil grados bajo cero —puntualizó «Einstein» mientras Odd resoplaba, alzando los ojos al cielo—. Y

de todas formas, no tenemos que ir muy lejos. Sólo hasta el parque de la academia.

Yumi miró fijamente a Jeremy, con un gesto serio.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó.

Jeremy abrió el bolsito que había cogido y sacó de él una pequeña cámara de vídeo digital.

—Me gustaría hacer un videodiario —explicó—. He pensado que sería divertido contar ante la cámara lo que nos ha estado pasando. Y tal vez el día de mañana podría resultarnos útil.

—Gran idea —asintió, convencida, Yumi.

—Yo, por el contrario, estoy de acuerdo con Odd —comentó Ulrich—. No entiendo por qué tendríamos que tomarnos tanto trabajo...

Yumi le soltó un segundo codazo, esta vez más preciso y más fuerte.

—¡Ay!

—Bueno, ¿nos ponemos en marcha? —los exhortó Jeremy, sin encontrar más objeciones.

Se pusieron los abrigos y las bufandas, y se aventuraron a salir al aire libre. El cielo tenía un tono gris claro que tiraba hacia el morado: tiempo de nevada. Jeremy se abrió paso hacia la parte trasera de la casa, con Odd y Aelita siguiéndolo a rebufo.

Ulrich se quedó en la retaguardia y se arrimó a Yumi.

—Lo de los codazos no ha sido muy majo por tu parte —murmuró con resentimiento.

—Pero ¿tú no eras el campeón de artes marciales? —le tomó el pelo ella—. Y además, no me digas que no has entendido por qué Jeremy ha propuesto lo de la cámara.

—Mmmm... Pues más bien no.

—Pues para Aelita, ¿no lo ves? Si hablamos de Lyoko desde el principio, es posible que le vuelva la memoria...

Ulrich se caló el gorro de lana en la frente, no muy convencido.

Los muchachos salieron por la cancilla trasera de La Ermita y se encaminaron a través del parque. Allí la nieve estaba tan alta que les llegaba casi hasta las rodillas, y todo estaba sumido en un mullido silencio. Kiwi avanzaba a brincos, desapareciendo de cuando en cuando bajo el manto blanco.

Siguieron caminando hasta que empezaron a entrever las oscuras siluetas de los edificios de la academia Kadic, con sus tejados de varias aguas casi negros contra el pálido telón de fondo del cielo invernal.

El pequeño grupo se detuvo en un claro del parque: Jeremy y Odd comenzaron a escarbar en la nieve con las manos.

—Fíjate bien —le susurró Ulrich a Yumi—. Odd no va a resistir más de cinco segundos. Cuatro... tres...

Acababa de llegar a «uno» cuando Odd recogió un poco de nieve fresca en el hueco de las manos, la prensó para hacer una bola bien gorda y la tiró con todas sus fuerzas contra ellos.

Ulrich se agachó, y la bola le dio a Yumi en plena cara.

—¡Ja, ja! —se rió Ulrich, dándole una palmada en la espalda—. ¿Qué te había dicho?

—¡Ésta me la pagas, Odd! —gritó Yumi, hundiendo las manos en la nieve.

Un instante después estalló la batalla.

—¡Basta, basta! ¡Me rindo! —jadeó Aelita unos minutos más tarde.

Luego se dejó caer al lado de Jeremy, que había tirado la toalla hacía ya un rato.

A base de hacer bolas de nieve habían despejado un buen trozo del claro, hasta dejar a la vista un montón de manojos de hierba verde y el disco de hierro de una gran boca de alcantarilla.

A pesar de que la alcantarilla en sí no tenía nada de raro (se trataba de una ordinárisima placa metálica circular), lo indiscutiblemente insólito era que no se encontraba en me-